# EL BARRIO, ESPACIO CON IDENTIDAD

José Luis Lee N.*

*La búsqueda de identidad no tendrá solidez y trascendencia si se hace aisladamente.*
*La historia demuestra que la constitución de una cultura nacional sólo se podrá dar colectivamente, como expresión de aspiraciones de grupos homogéneos solidarios.*

Rafael López Rangel

Si consideramos el barrio como el territorio donde se comparte la identidad urbana, lugar de lo conocido y donde es posible reconocerse, su definición implica partir de la elección de un lugar; al materializar los deseos de protección y aislamiento,de identificación y afirmación de los seres humanos con dicho lugar, se crean espacios personales que son compartidos por miembros de la comunidad a la que pertenecen, se definen así sus territorios, que son marcados con límites físicos o simbólicos, lugar para vivir en donde "todo espacio realmente habitado lleva implícita la idea de casa".[1]

Edward T. Hall señala que el equilibrio de la vida en el uso del espacio es uno de los más delicados de la naturaleza y que la noción de territorialidad llega a todos los rincones y entresijos de la vida, puesto que ha implicado una toma de posición, utilización y defensa de un territorio por parte de los organismos vivos. La territorialidad también se da entre los hombres, los cuales han inventado no pocas formas de defender lo que ellos llaman su tierra, su suelo, su espacio.

"La historia del pasado del hombres es en gran parte un relato de sus esfuerzos por arrebatar a los demás y por defender ese espacio de los extraños...tener un territorio es tener uno de los componentes esenciales de la vida, la falta de él provoca las situaciones más precarias".[2]

Así tenemos que el sentido de lugar estará siempre asociado a los componentes esenciales de la vida, a las formas como organiza la sociedad donde la territorialidad representará, antes que cualquier cosa, una base subjetiva que supone en su desenlace una localización residencial, ya que la casa representa el hecho de fijarse al suelo, de arraigarse y por tanto de vivir en un lugar.

La casa expresa una forma de vida, conjunto de aspiraciones, sentimientos e ideas, experiencias vividas que son materializadas en la casa, cuerpo de imágenes que "no sólo refleja un orden sino que es ella misma concepción del mundo. Concha protectora, caparazón, nido, rincón, crisálida, escondite, prolongación del seno materno, centro del territorio personal y punto de referencia, lugar también a veces del terror y la soledad, de alguna manera todos hemos experimentado a la casa casi como un ser vivo".[3]

Sin embargo Gastón Bachelard, al hablarnos de la casa y el universo, en su *Poética del espacio,* nos menciona que la casa soñada, nido crisálida y vestido, no forman más que un momento de la morada, de tal manera que cuanto más condensado es el reposo, cuanto más hermética es la crisálida, cuanto en mayor grado el ser que sale de ella es el ser de una parte, más grande es su expansión, así, "la casa vivida no es una caja inherte. El espacio habitado transciende el espacio geométrico".[4]

Desde esta perspectiva, Víctor Manuel Ortiz agrega que "La relación entre la casa y el barrio comienza a establecer las fronteras entre lo más privado y lo más público. Límite entre los espacios (lugares) que son verdaderamente polisignificativos y los que de hecho funcionan como espacios neutros, de aquí se parte, aquí se llega. Lugar síntesis de llegada y partida, casa y barrio se complementan para determinar un lugar diferenciado".[5]

Así, el barrio en donde se localiza la casa es de hecho una prolongación de esta última "proyección del nido familiar" (Bachelard); se entra al dominio colectivo de los espacios públicos, semipúblicos y privados, en donde el barrio forma un terreno conocido pero no sometido al individuo, espacio de lo compartido, donde la territorialidad urbana se entiende, según Norcliffe, como "el comportamiento mediante el cual personas que utilizan espacios semejantes se identifican con ese espacio, al tiempo que desean acentuar su control sobre él, resistiéndose particularmente a las instrucciones provenientes de zonas vecinas".[6]

Se establecen así redes de interacción social, en donde la casa y el universo identificados por el núcleo familiar ahora pasa al territorio del "otro" o de los otros, que también se identifican con ese lugar, identidad colectiva construida a partir del agrupamiento de los individuos en comunidad y en donde el universo se comparte entonces colectivamente. Lugar para vivir, lugar de residencia que "posee un valor socioeconómico y una significación simbólica ...forma de imagen colectiva ligada a la historia, la cultura y los vínculos simbólicos; tal como la que los individuos tejen en determinados barrios".[7]

A partir del establecimiento de redes sociales de intercambio recíproco, de cooperación o de sobrevivencia y organización, la forma de posesión, utilización y defensa de un territorio, por parte de una comunidad, puede alcanzar magnitudes mayores y más complejas. El sentimiento de territorialidad y de identificación con los espacios compartidos, al ser el producto de la conjunción entre el espacio físico y el espacio social, aumentará en función de la capacidad para construir y favorecer la identidad de sus integrantes; con la reafirmación del sentido comunitario se socializa una memoria colectiva y se construye la identidad de grupo a partir del paisanaje, parentesco o compadrazgo, trabajo compartido (voluntario o por faenas, en cooperativas de producción o de consumo), fiestas y aniversarios de momentos decisivos en la consolidación de la organización social[8] y se expresará físicamente en el territorio, estableciendo nuevos límites en la medida.

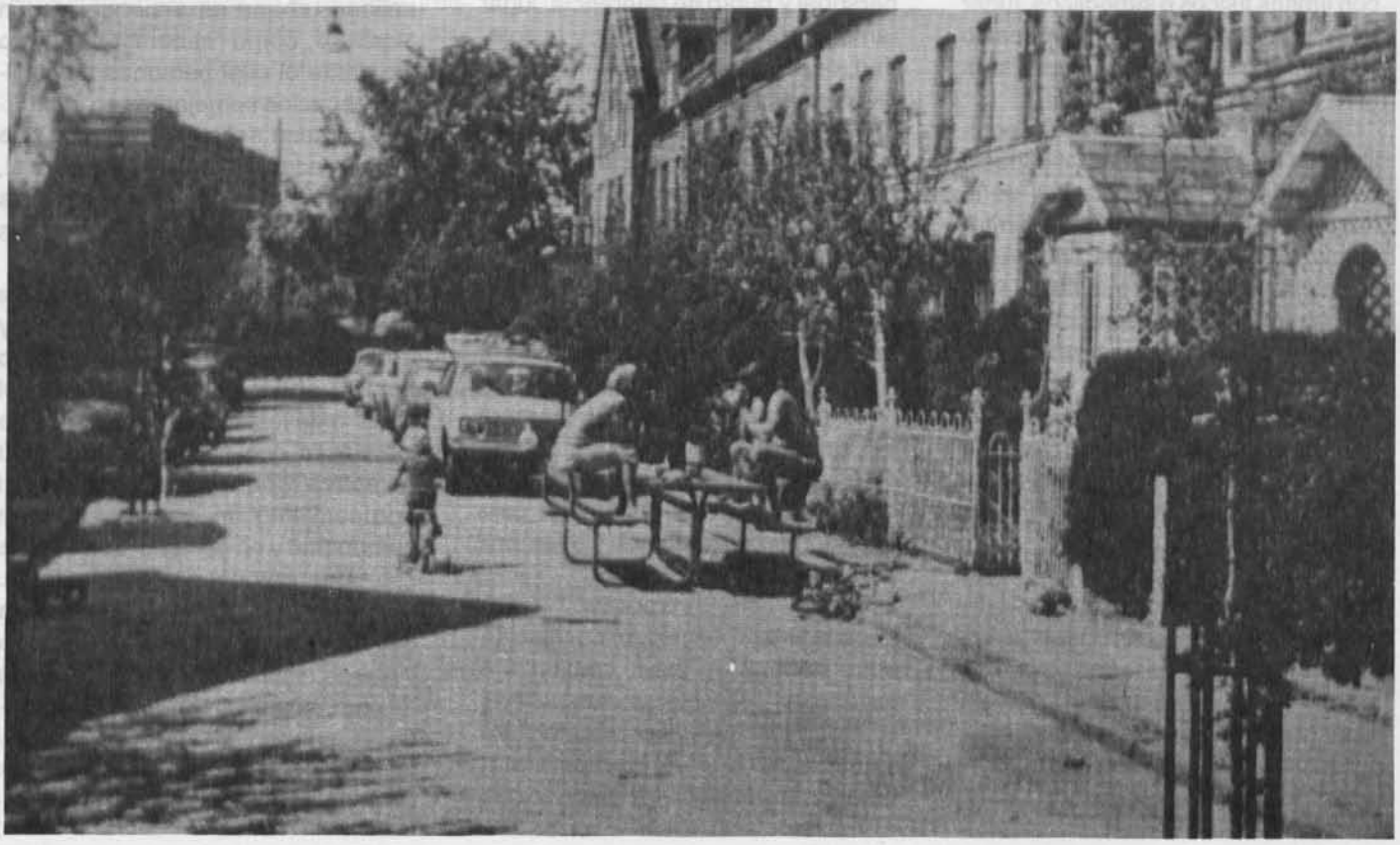
Sin embargo la capacidad de construcción de una identidad espacial colectiva estará estrechamente ligada a la capacidad de reproducción y transformación de la cultura generada por estos grupos, en donde sus agregaciones sociofísicas devendrán en la conformación de una identidad espacial a nivel regional.

Por otro lado, las manifestaciones culturales no necesariamente actúan en algún momento como elementos de identidad, sino que ello depende del contexto relacional que ubica la identidad de los factores sociales. Los valores, normas y referentes identitarios, expresados o no verbalmente, no inciden de manera mecánica sobre la acción social sino que, por el contrario, siempre existe una tensión entre lo normativo y lo actuado; no obstante que los referentes generales a un grupo, e incluso a una nación, puedan ser tomados como una guía para el establecimiento de regiones o espacios identitarios que contienen elementos comunes.[9]

En la definición de una cultura regional nos enfrentamos no sólo a sus referentes territoriales, físico-ambientales (geográficos), o los urbano-arquitectónicos, a los objetos de la cultura material espiritual, o a procesos económicos, sino que también a relaciones sociales y a los significados que los hombres les imprimen, ya que "la cultura conforma la identidad de los grupos sociales al funcionar interiorizada en los sujetos como una lógica de las representaciones socialmente compartidas; dicha identidad social se forma por referencia al universo simbólico".[10]

Si la cultura conforma identidades, entonces, a partir de ellas podemos establecer espacios culturales: al establecer los límites de una identidad estamos marcando los límites de una identidad espacial. La posibilidad de diferenciarla de otras, los barrios como mínima expresión de las identidades regionales colectivas serán producto de la construcción de dichas identidades y de sus diferencias, del autorreconocimiento y, de igual manera, de la configuración de otros espacios de identidad.

"Las culturas o más precisamente, los elementos que las componen, se mantienen y modifican, reorganizan

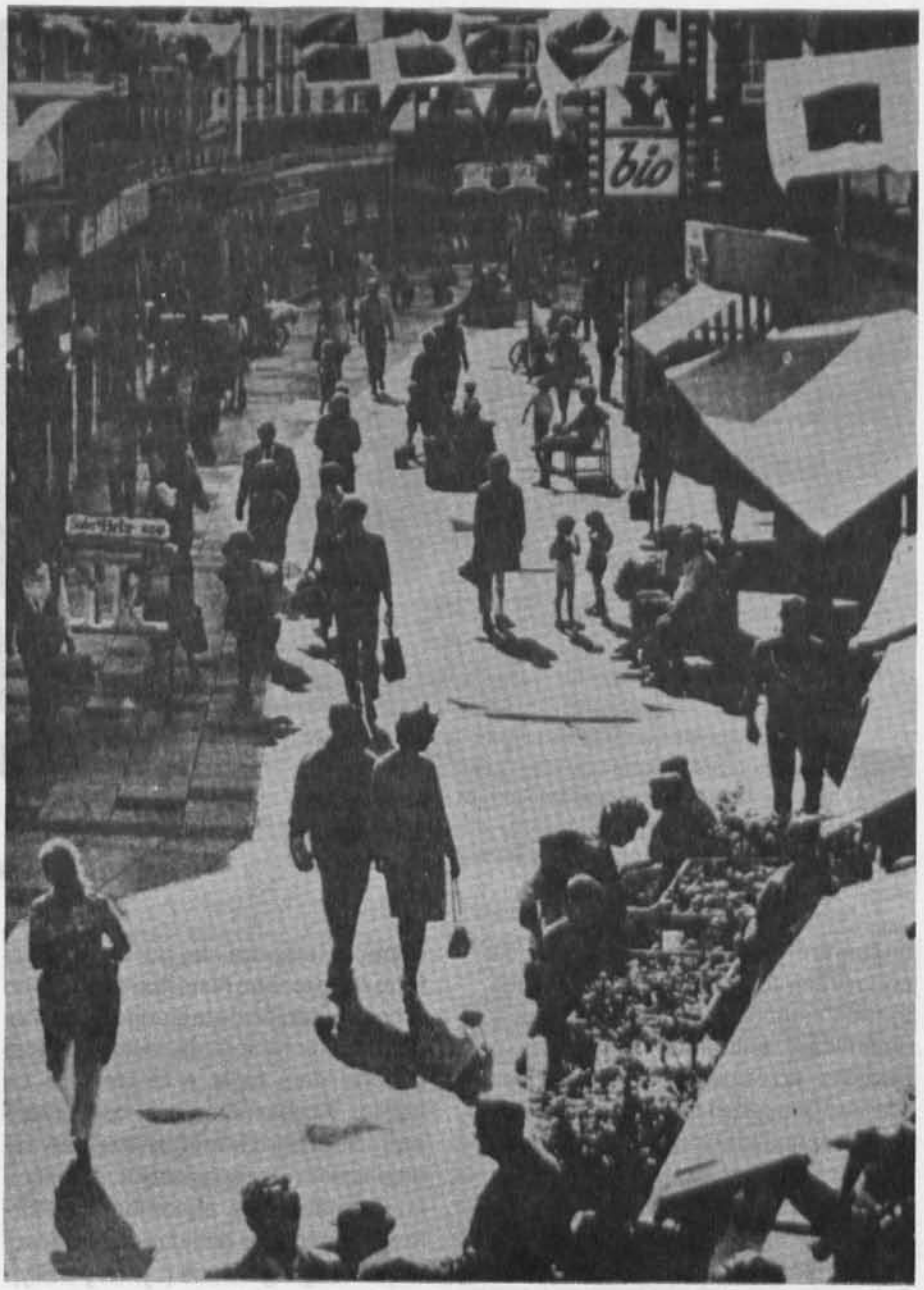


y se crean a partir de la interacción social. En esta interacción se crean nuevos espacios de relación, a la vez que los elementos culturales son modificados por dichos espacios. Este proceso da lugar a las relaciones sociales y las identidades propias".[11]

Desde este punto de vista podemos observar que las diversas posibilidades de ordenamientos sociales darán lugar a una multiplicidad de procesos de configuración de identidades sociofísicas expresadas en el espacio urbano preferentemente en su forma de barrio, en donde la identidad espacial dependerá, en parte, de la organización preponderante, del grado de implicación en la misma, del grado de dominación por los grupos o por el sentido de pertenencia a un grupo; sin embargo el sentido de lugar puede ser modificado, ya que "los sistemas de referencia, la raza y la etnia, el lugar de trabajo, la edad y el sexo influyen en la imagen que se tiene del territorio",[12] de esta manera el barrio tendrá un lugar muy distinto según el valor que el habitante o los grupos de habitantes atribuyen a este marco de vida comunitario.

"Todo espacio urbano se caracteriza por elementos de distinta naturaleza, pero al mismo tiempo específicos, que constituyen su personalidad. Estos elementos son percibidos por su propia naturaleza y por su forma, que los identifica en el caso urbano, así como por su repetición y por sus lazos geográficos funcionales que aseguran la homogeneidad del marco de vida; cuyo conocimiento sólo es parcial, al referirse individuo y grupo a su cultura y a sus condiciones sociales y económicas".[13]

La diversidad de dichas condiciones socioeconómicas dará lugar a diferentes "niveles de legibilidad" de las formas urbanas, ya que "las nociones de homogeneidad y de heterogeneidad cambian según el nivel de percepción y de referencia".[14] Los barrios serán definidos, entonces, a partir de la cualidad de sus habitantes, según los dominantes funcionales (monoplurifuncionales), y según el grado de apropiación simbólica de su hábitat por parte de sus pobladores.




Cualquier modificación de las estructuras sociales, políticas y económicas es susceptible de transformar la imagen física del barrio y por ende de sus significados histórico-culturales, de ahí la importancia del sentido de pertenencia y arraigo desarrollados a lo largo del tiempo por los habitantes de un barrio, de tal manera que pueden provocar reacciones de hostilidad cuando la identidad y la seguridad de dichos habitantes se ven amenazadas. Igual sucede cuando las transformaciones físico-ambientales o las urbano-arquitectónicas son tan intensas que provocan la pérdida de los referentes de la cultura material que han permanecido por mucho tiempo en este lugar y que al desaparecer, desaparece la identidad espacial y con ella la memoria histórica del barrio; en ocasiones llegan a modificar el marco vital, la realidad económica y el estatus social, étnico y político de sus propios habitantes, convirtiendo al barrio en un espacio enajenado.

Sin la permanencia de referentes de cultura material –expresada en los espacios de habitación, en los de

encuentro y sociabilidad o en los de conocimiento y comunicación– los barrios –entidades heterogéneas y dinámicas, entidades regionales o barriales– no es posible ordenar o clasificar ya que pueden dar lugar a la formación y consolidación de identidades colectivas y por tanto al establecimiento de espacios diferenciales, producto de ciertos significados y ordenamientos, resultado, además, de la formación de dichas identidades colectivas que son generadas por grupos sociales que al interactuar, estos sujetos sociales se instauran como "campos socio-culturales" relativamente homogéneos en la estructura urbana de la ciudad.

Es conveniente señalar que la instauración de estos campos socioculturales está estrechamente ligada al arraigo, la permanencia, al tiempo de residencia de sus habitantes y, por tanto, a las relaciones temporales de los acontecimientos ocurridos en el espacio urbano. Los barrios, como lugares donde se decanta y se cataliza la cultura, serán producto de estas relaciones espacio-temporales y por ende resultado del proceso histórico seguido en la configuración de la ciudad. El proceso de valoración de este espacio cultural dará lugar a la creación de hábitos y costumbres que, convertidos en tradiciones, darán lugar, a su vez, a la organización de espacios fijos, semifijos o informales que al combinarse formarán imágenes dotadas de identidad, estructura y significado (Lynch y Bailly).

La construcción de la imagen ambiental requiere "en primer término la identificación de un objeto, lo que implica su distinción con respecto a otras cosas, su reconocimiento como entidad separable. A esto se le da el nombre de identidad, no en el sentido de igualdad con otra cosa, sino con el significado de individualidad o unicidad. En segundo término, la imagen debe incluir la relación espacial o pautal del objeto con el observador y con otros objetos, por último, este objeto debe tener cierto significado, práctico o emotivo, para el observador".[15] La búsqueda de cualidades físicas que se relacionan con los atributos de identidad y estructura en la imagen mental debe poseer valores para la orientación en el espacio vital, "debe ser suficiente, auténtica en su sentido pragmático y permitir que el individuo actúe dentro de su medio ambiente en la medida deseada".[16]

Desde esta perspectiva, Lynch agrega que las características físicas que determinan los barrios son continuidades temáticas que pueden consistir en una infinita variedad de partes integrantes, como la textura, el espacio, la forma, los detalles, los símbolos, el grado de mantenimiento y la topografía. Los límites de un barrio pueden ser precisos o inciertos según el grado de importancia y las características del lugar donde se encuentren; estos "bordes" o límites pueden reforzar su identidad, pero contribuyen menos a formar un barrio y más la tendencia a fragmentar la ciudad, desorganizándola. Por el contrario, los barrios suelen tener fuertes núcleos que fungen como nodos vigorosos, que circundados como gradientes temáticos tienden a crear zonas homogéneas dentro de los barrios, estos pueden ser con-

fluencias de sitios, un cruce o de una convergencia de sendas (calles, avenidas, canales o vías férreas), una esquina donde se reúne la gente o una plaza, centros polarizados que suelen convertirse en puntos de referencia o "mojones" (un edificio, una señal, una tienda, una montaña) con valor hacia el interior y hacia el exterior de un barrio.

Así, tenemos que los barrios para un observador que entra "en su seno mentalmente son reconocibles como si tuvieran un carácter común que los identifica. Siempre identificables desde el interior, también se les usa para la referencia exterior en caso de ser visibles desde afuera"[17]

De ahí la importancia de la permanencia de las características físicas de los barrios, ya que como hechos históricos éstos sólo pueden ser captados "por medio de la permanencia de edificios y de formas, continuidad de trazados y de concepciones fundamentales en las ciudades antiguas y también presentes en los barrios nuevos. Estos motivos de permanencia a menudo son determinantes"[18] y más aún cuando permanecen las características sociales que les dan los contenidos de identidad y cultura a dichos hechos históricos y que pueden ser vínculos como factores de progreso para los barrios que componen la ciudad. La permanencia de estos referentes convertidos en cultura tradicional puede ser la garantía para la creación de los nuevos referentes de una cultura moderna fincada en la identidad espacial de los barrios.

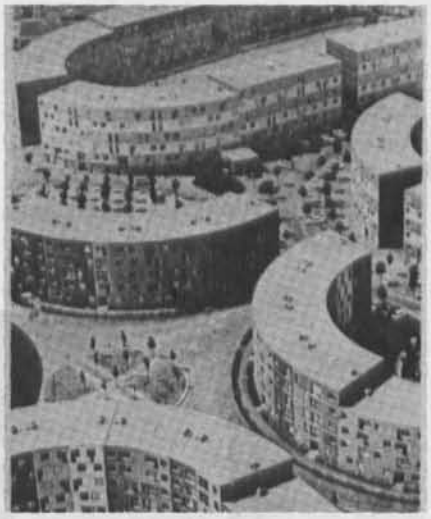
A partir del diálogo y la continuidad establecidos con el pasado es posible conservar, de manera crítica, los valores de identidad espacial que nos permiten distinguir el conjunto de edificios, calles o plazas que tienen una vida propia, manifiestos en los hábitos, costumbres y tradiciones de una comunidad que se ha apropiado de este sistema de lugares que le dan carácter de barrio.

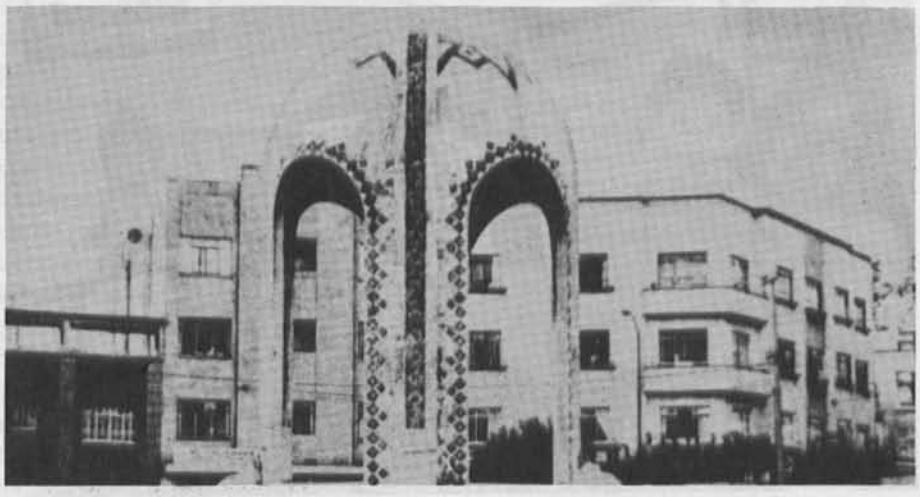
El proceso de estructuración de las identidades físicas y sociales construido desde la vida cotidiana, cuyas expresiones de cultura material y espiritual alcanzaran una coherencia interna al construir ambientes con relativa homogeneidad física y social.

Al cristalizar en el barrio, sus posibilidades de autosignificación serán mayores por sus relaciones de proximidad y vecindad topológicas, condición que les permite decantar y a la vez catalizar la cultura de la ciudad en la cultura de barrio.

Desde este punto de vista los intentos por establecer límites físicos o demográficos a una región sociocultural conformada en un espacio barrial, a menudo se enfrentará a las contradicciones provocadas por el uso diferenciado del espacio urbano; a su vez, la desigual distribución del capital económico y cultural se refleja en los profundos desequilibrios en la distribución de los beneficios del capital acumulado dentro de la ciudad, se propicia así la segregación social y cultural, factores que intervienen en la localización o la división político-administrativa de un barrio o una región urbana, en la dosificación de los servicios de equipamiento e infraestructura en función de la cantidad de sus pobladores.

En diversos lugares del mundo se ha pretendido establecer criterios cuantitativos para la definición de un barrio, según el informe de Reicth (Gran Bretaña, 1960) lo identifica con una entidad social "natural" (pueblo o aldea) que representa a una población de 5 000 a 12 000 personas; en Washington, el Village cuenta con 4 500 habitantes; en Runcorn, la Community





está poblada por 8 000 personas; en Francia por 17 500; en Polonia de 30 000 a 60 000 habitantes; en la exURSS, el microzajón (unidad de vecindad) es de 8 000 a 12 000 habitantes y, el zajón (barrio) varía de 2 000 a 40 000 habitantes;[19] para el caso de México, según la Secretaría de Desarrollo Urbano y Ecología (1983) la unidad vecinal representa de 6 000 a 8 000 habitantes y el barrio variará de 8 000 a 40 000 habitantes.[20]

Como puede observarse, la diversidad de criterios no permite fijar límites cuantitativos para la definición de un barrio, ya que la distribución de la población depende del área que ocupan en dicho territorio; de la localización de sus lugares de residencia; de sus posibles relaciones de proximidad social y física establecidas en los lugares de encuentro y sociabilidad; de los niveles socio-económicos de la población, bien del grado de homogeneidad física y social manifiesta en la identidad espacial de un barrio; así las dimensiones demográficas varían necesariamente en función de la interrelación de las dimensiones del espacio social, físico y cultural, integrados en un barrio, para dar lugar a un "organismo vivo".

El mayor problema surge cuando la asignación de servicios de infraestructura y equipamiento se condiciona a la cantidad de habitantes de un barrio; cuando, en realidad, se hace depender de la rentabilidad de las inversiones en el suelo urbano y al interés político-administrativo que, en la mayoría de las ocasiones, no responden a los intereses de los habitantes del barrio ya que, como consecuencia del predominio de la economía de mercado, se favorecen las relaciones de clases y las jerarquías sociales y, por tanto, la lucha por el control de este territorio por parte de los grupos preponderantes.

Los equipamientos colectivos tienden a subrayar la estructura del espacio residencial y a favorecer las relaciones sociales, el intercambio y la comunicación. Por ser lugares de encuentro jerarquizan el espacio y sus formas de agrupamiento, por lo que una dosificación equilibrada y armónica de tales equipamientos contribuye a satisfacer las necesidades de los habitantes de un barrio en su escala cotidiana, escala peatonal cuyos recorridos de distancia-tiempo sean accesibles dentro de los límites del barrio. Sin embargo, el barrio tiene una autonomía relativa con respecto a la ciudad, por lo que depende de otros servicios que sólo ésta puede proporcionar.

Para lograr que un territorio urbano obtenga la mayoría de los satisfactores mencionados se requiere que los grupos que pertenecen a él establezcan mecanismos solidarios que vayan definiéndolo cada vez con mayor precisión, reforzando el sentido de pertenencia, de arraigo y de identidad espacial, en donde el tiempo de convivencia en este espacio contribuya a la sensación de familiaridad y seguridad y, por tanto, a la estabilidad de la población en dicho territorio. Se genera así una cultura de barrio que conforma identidad espacial que, al igual que la identidad colectiva, "es un proceso y una representación que requiere de un ciclo en que pueda cristalizarse"[21] por lo tanto dichas identidades se construyen históricamente, ya que para Adolfo Sánchez Vázquez "sin historia no puede haber identidad".

El proceso de apropiación colectiva de un espacio implica que sus habitantes puedan reconocer y reconocerse en los espacios significativos que le proporcionan el sentimien-

to de que este espacio no le es ajeno, estas formas de apropiación permiten construir una identidad en torno a éste; por el contrario, "cuando todos aquellos espacios en que los individuos reconocían su historia individual, y en que los grupos sociales reconstruían su pasado, se han transformado hasta ser irreconocibles, entonces se pierde, casi irremediablemente el sentimiento de que la ciudad es de sus habitantes: la identidad, pues."[22]

Desde esta perspectiva, podemos plantear que al considerar a los barrios como "organismos vivos" es posible caracterizarlos de acuerdo al grado de desarrollo que han alcanzado y de sus posibles tendencias, según los grados, también, de identidad espacial, es decir, según las posibilidades de permanencia o transitoriedad de sus identidades sociales y físicas.

Así, tenemos que los barrios pueden ser definidos entonces según la tendencia a su conservación, consolidación, transformación, disolución o desaparición; de acuerdo con las múltiples determinaciones del fenómeno urbano, con su lugar histórico en la perspectiva del proceso de urbanización capitalista en el que están inscritos nuestros barrios.

Con estas últimas determinantes, la tendencia dominante es hacia la disolución o desaparición de los barrios en consolidación o ya consolidados; mientras que para los que están en su fase formativa, la tendencia es a que no siempre tengan posibilidades de generar o conservar rasgos de identidad que permanezcan en la memoria colectiva de sus propios habitantes, que les permitan, a su vez, lograr su consolidación como barrios.

En ambos casos, se provocan reacciones de hostilidad cuando la identidad y la seguridad de los grupos sociales se ven amenazadas por intereses ajenos, que generalmente favorecen a los grupos oligárquicos, económica y políticamente poderosos, en detrimento de las clases populares, más vulnerables económicamente, y que sólo pueden resistir con formas de organización que elevan su conciencia colectiva hacia expresiones autogestivas de defensa de sus territorios, que traten de frenar las tendencias hacia la desaparición de la identidad espacial alcanzada, "únicamente la consistencia de sus organizaciones y la capacidad de movilización aumentan la posibilidad de la permanencia de su identidad",[23] identidad social y cultural, puesto que "la identidad reside en la conciencia y vincula a los grupos en una cultura". [24]

Intentar conservar, transformar o construir un barrio implica, por tanto, apoyarse en identidades sociales y físicas, cuya garantía de permanencia tienda a conformar nuevas identidades culturales y espaciales que le den sentido a un lugar a lo largo del tiempo, hasta lograr su cristalización en la memoria colectiva del propio barrio y por ende de la ciudad, memoria que resida en la conciencia individual y colectiva ya que "toda memoria implica la reconstrucción de un objeto, un fenómeno, en una conciencia individual, aunque el contenido de éste sea social. Del mismo modo, aquello que da paso y construye el recuerdo para el memorioso es la significación de un objeto, un evento, un espacio" ..."frente a un pasado reconstruido en común, hay una forma común de evaluar el presente"[25] y de construir un futuro mejor para la ciudad y sus barrios.

Sólo así, logrando la expresión colectiva de los grupos que habitan en los barrios, podrá garantizarse la permanencia, solidez y trascendencia histórica de dichos barrios; como espacios con identidad, espacios donde la identidad cultural urbana ha podido construirse y reconstruirse en común, como testimonio del recuerdo, en la memoria colectiva de la ciudad.

## Bibliografía


[1] Gastón Bachelard. *La poética del espacio.* FCE, México, 1975.

[2] Edward T. Hall. *El lenguaje silencioso.* Alianza Editorial Mexicana/CONCA, México, 1990. p. 58.

[3] Víctor Manuel Ortiz. *La casa una aproximación.* UAM-X México, 1984.

[4] Gastón Bachelard *Op. cit.*, p. 78.

[5] Víctor Manuel Ortiz. *Op. cit.*, p. 136.

[6] Antoine S. Bailly. *La percepción del espacio urbano.* Instituto de Estudios de Administración Local, Madrid, 1979. p. 111.

[7] *Ibid,*

[8] Juan Manuel Ramírez Sáiz. "Identidad en el movimiento urbano popular", *Revista Ciudades*, núm. 7. Ed. RINDIV-UAM, México 1990, p. 11.

[9] Héctor Tejera Gaona. "Regiones de Identidad y Análisis Cultural". Foro Nuevas Tendencias en el Análisis Regional. UAM-X/SEP. 1990. p. 18.

[10] J.A. González. *Sociología de las culturas subalternas.* Cuadernos del Ticom, UAM-X, núm. 11, México, 1981. p. 68.

[11] Héctor Tejera G. *Op. cit.* p. 9

[12] Antoine S. Bailly. *Op. cit.* p. 117

[13] Jean Michel Bertrand. *La ciudad cotidiana.* Instituto Estudios de Administración Local, Madrid, España. 1981. p. 20

[14] *Idem.*

[15] Kevin Lynch. *La imagen de la ciudad.* Ed. Gustavo Gilli. México, 1985 pp. 17-18.

[16] *Ibid,* p. 18.

[17] *Ibid,* p. 89

[18] Aldo Rossi. *Para una arquitectura de tendencia.* Ed. Gustavo Gilli. España, 1977, pp. 130-131.

[19] Jean-Michel Bertrand. *Op. cit.* pp. 31-32.

[20] Sedue. Sistema Normativo de Equipamiento Urbano. Secretaría de Desarrollo Urbano y Ecología. México, 1983.

[21] J. Manuel Ramírez Sáiz. Op. cit. p. 10

[22] Miguel Angel Aguilar Díaz. *De los días de la ciudad* (Memoria, identidad y Seguridad) *Revista A.* Mayo-agosto de 1985. Ed. UAM-A. México, p. 130.

[23] J. Manuel Ramírez Sáiz. *Op. cit.* p. 14.

[24] Carlos González Lobo. "Arquitectura mexicana: entre la identidad, el regionalismo crítico y la resistencia cultural". Cuadernos Metropolitanos del quinto Centenario. México. 1990 p. 131.

[25] Miguel Angel Aguilar Díaz. *Op. cit.* p. 128.



*Profesor investigador del departamento de Síntesis Creativa.
Actualmente trabaja en la investigación denominada "Los barrios. Tradición y cultura."